

ta y en las palabras. Los **juéves** la coronaba con dobles claveles, repitiendo en toda su conducta diez actos de edificacion. Los **viércoles** la coronaba con amapolas y floripondios, porque estas flores le recordaban la práctica de la paciencia. Y los **sábados** la coronaba de **azucenas** que ser debian como el ampo de la nieve, y le recordaban el voto de virginidad que desde muy niña habia hecho á imitacion de su Reina. ¡Feliz niña, porque murió como habia vivido!

CAPITULO II.

MADRE.

8. *María es nuestra Madre.*—Siguiendo, lector carísimo, la Salve, hallaremos á la **Santísima** Virgen María que no solo es nuestra Reina, sino que es de un modo especial nuestra Madre, así lo dicen todos sus devotos: *Dios te salve, María, tú que eres Reina y Madre.* María es la Madre de los cristianos, y de un modo especial es la **tierna** Madre de todos sus devotos. ¡María es mi Madre! ¡Ah qué idea tan consoladora! ¡Qué pensamiento tan benéfico! ¡María es mi Madre! ¡Ojalá que yo no tuviese mas que un pensamiento y este fuese María! ¡Ojalá que no tuviera mas que una idea y esta fuese María! ¡Ojalá que no viese mas que una palabra, y esta fuese María! ¡Ojalá que todas mis operaciones las encerrara en María! ¡Ah! María es la palabra del Hijo, de un modo semejante al Hijo que es la palabra del Padre.

Amemos, pues, á María, porque amándola cumpliremos con toda la ley y los Profetas, y con el Evangelio Santo y las obligaciones del propio estado: amemos á María, bien persuadidos

que la eficacia de su amor es tal, que conduce y encierra el mas puro amor á Dios.

María es mi Madre: ¡ah! reflexiona bien sobre este sublime pensamiento, porque la Madre de Dios es la Madre tuya. Dile en consecuencia con el mayor entusiasmo y afecto que te sea dable: Madre mia, yo soy tu hijo, no me dejes á mí mismo: gobiernadme completa y eficazmente: disponed de mi corazon segun el vuestro: castigadme todas mis faltas, porque yo sé bien que vuestros castigos son las ternuras de vuestro amor; y para que así lo hagais, procuraré que todos os conozcan y adoren con el dulce título de Madre.

9. *Es nuestra Madre porque Jesucristo es nuestro Padre.*—Así como es imposible poner en duda que Jesucristo es nuestro Padre; así no lo es menos la verdad que nos asegura que María es nuestra Madre; y á la manera que Jesus es el Padre del siglo futuro y de todos los nacidos de la ley de gracia, así es María la Madre de estos y de Aquel. Jesucristo es nuestro Padre, porque habiendo perdido nosotros por el pecado de Adán la vida de la gracia, con la redencion nos dió una nueva vida y tanto mejor que la primera, que la misma Iglesia apelada culpa feliz á la culpa de origen que nos la hizo perder.

María es nuestra Madre porque es una misma cosa con Jesus, porque nos dió la vida de un modo semejante á Jesus, y porque si Jesus es nuestro Redentor, María es nuestra corredentora. Pero ¡á qué viene entretenerse en probar que María es nuestra Madre? Lector carísimo, escucha á la Iglesia, y verás que despues de haberla llamado Reina, inmediatamente la denomina Madre; por el primer título, nos enseña su dignidad divina, y por el segundo, nos hace saber que todas sus gracias son nuestras gracias. Y si á esto añadimos que todos los fieles la invocan con el nombre de Madre, tendremos que concluir que verdaderamente Ella es nuestra Madre: no Madre carnal

ino espiritual: no segun la carne, sino conforme al espíritu, porque es la Madre de nuestras almas, y Madre prontísima para dispensarnos todo bien.

10. *Porque concibió al Hijo de Dios.*—Como sabes, lector carísimo, el misterio de la Encarnacion es el misterio grande por excelencia, porque es todo un Dios el que se hizo hombre para que el hombre se hiciese Dios. Cuando hubo llegado el momento que determinó la Sabiduría infinita, el Angel anunció á María que habia llegado la hora de ser Madre de Dios; pero el sublime misterio no se verifica sino despues que María da su consentimiento: lo dió, y luego verificóse la Encarnacion. Es cierto que aquí vemos el grande amor del Padre en darnos á su Unigénito; el inmenso amor del Hijo en ofrecerse en favor nuestro, y el infinito amor del Espíritu Santo en operar la Encarnacion: pero ¿cómo no ver en esto tambien el amor de María, empleándose toda entera en favor de nosotros, como Hija queridísima de Dios Padre, como Madre dignísima de Dios Hijo y como Esposa amantísima de Dios Espíritu Santo? Sí: en este acto, María no solo concibió á Dios, sino que concibió tambien á todos los hombres, llevándolos á todos en su amorosísimo seno; y desde este instante comenzó de tal suerte á desempeñar en favor nuestro todos los deberes de la maternidad, que podemos decir que fué la Madre de Dios, para que pudiese ser nuestra Madre.

Que María es nuestra Madre, es una verdad de tal naturaleza, que podemos colocarla en el rango de aquellas que son próximas de fe. Porque San Lúcas nos dice que María parió á su Primogénito, es decir, que tuvo á muchos hijos; y por otra parte, la fe nos enseña que María no tuvo otro hijo, segun la carne, que Jesucristo: luego si no tuvo otro hijo carnal, hemos de concluir que lo tuvo espiritual, es decir, segun la gracia; y este hijo es todo el género humano. Jesucristo fué su Primogénito; nos-

otros somos su hijo segundo: Jesucristo lo fué segun la carne, nosotros segun el espíritu: y si pariendo á Jesucristo parió á nuestra vida; dándonos á nosotros esta vida, nos dió á la luz de la gracia. ¡Qué consuelo para nosotros, lector carísimo! ¡Ah, la Madre de Dios es nuestra Madre! ¡Qué excelencia! ¡Y qué ingratitud la nuestra! Raras veces pensamos en que María es nuestra Madre: y aun rezándole la Salve no lo hacemos con el afecto y ternura que Ella se merece, lo cual debe obligarnos desde ahora á profesar á María, como nuestra tierna Madre, los afectos todos de nuestro corazon.

No hace mucho tiempo que vivia un jóven que rayaba en los veinte años, el cual habia recibido de la Santísima Virgen María muchos beneficios, y para serle agradecido, la saludaba muchas veces con el dulce título de Madre. Y preguntado porqué lo hacia, respondió: "porque la Santísima Virgen me ha hecho corporal y espiritualmente los oficios de tal. Corporalmente, conservándome la vida cuando aun estaba en el vientre de mi madre; y en lo espiritual, cuando por su gracia y mediacion recibí las aguas del santo bautismo: y ambos oficios me los ha continuado todos los dias y con un cuidado siempre mas solícito. Por esto nunca me acuesto sin tomar en mis manos la medalla milagrosa; sin decirle la oracion: *¡Oh Virgen y Madre de Dios, yo me ofrezco por hijo vuestro.....!* y sin rezarle tres Ave Marías, añadiendo al fin de cada una, esta jaculatoria: *¡Madre mia, aquí teneis á vuestro hijo!*" ¡Ojalá, lector carísimo, que tú lo imitaras!

11. *Porque nos engendró en el Calvario.*—María no solo es nuestra Madre por el gozo que recibió en la Encarnacion, sino que tambien somos nosotros los hijos de su dolor: porque hemos de tener por cierto, que María se hizo otra vez nuestra Madre dándonos la vida de la gracia cuando con inmenso dolor de su corazon, allá en el Calvario, ofreció al Eterno Padre al

vida de su Hijo. Entonces cooperó con su amor, para que todos los hombres se hiciesen cristianos; entonces dió licencia para que se verificase en Jesucristo toda la pasion, y entonces, con un acto de amor inmenso, salvó nuestras almas, conviniendo en la pérdida de la vida de su Hijo. ¿Qué amor puede compararse con este amor? ¿Y qué dolor con el que sufrió al dar su consentimiento? Por esto quedamos hechos desde entonces los hijos de su dolor; ya que nos parió á la vida eterna como habia dado á su Hijo á la vida temporal. ¡Oh, qué grande es María así considerada.

Nos dió á su Hijo, á quien amaba sin límites, y nos amó con un amor el mas semejante al amor con que nos ama el Eterno Padre; y sufrió por nosotros dolores imponderables como los padeció Jesucristo por nuestro amor. Así, á costa de puro dolor nos dió en el Calvario la vida de la gracia, con cuya operacion se hizo real y verdaderamente nuestra querida Madre.

Esta verdad nos la quiso enseñar el mismo Jesucristo, porque viéndola en el monte Calvario, y apreciando cual conocia sus sacrificios, la hizo la corredentora del linaje humano, del mismo modo que El habia sido su Redentor: declaró expresamente que era nuestra Madre, y nos la dejó como en testamento, cuando vuelto á su Madre, la dijo: *Mujer, hé ahí á tu hijo*, señalando á Juan, que es como si hubiese dicho: *Mujer, hé ahí á todo el género humano en la persona de Juan: este es el hijo tuyo que por la ofrenda que haces de mi vida por su salud nace ya á la gracia*. Y vuelto á Juan, le dijo: *Ahí tienes á tu Madre, porque desde este momento, á fuerza de padecimientos, se hizo la Madre comun de todos los hombres*. ¡Ah, lector carísimo! repitamos una y muchas veces: La Madre de Dios es nuestra Madre. ¡Oh tierna Madre mia! ¡cuándo será el dia que te amare de corazon y con todas mis fuerzas!

12. *Porque Ella misma se declara nuestra Madre.*—En

efecto: María se declara la *Madre del Amor Hermoso*, como si dijera, que es la Madre de todo aquel que tiene en su corazon amor: de lo que se sigue, que es tanto mas Madre de un cristiano, cuanto este tiene mas amor á Jesucristo. ¡Oh qué misteriosa es la operacion de María en favor de nosotros! Todos sus deseos son introducirnos en la práctica del divino amor; y así es como embellece nuestras almas, hasta el punto de que agraden á la misma hermosura, y así es como quedamos constituidos sus verdaderos hijos. ¡Qué dicha! María es mi Madre: ¡qué dicha verme atendido por una tan gran Reina, que pone sus glorias en declararse mi Madre! ¡Qué dicha vivir bajo la proteccion y amparo de una Madre tan tierna! ¡Oh si como David pusiera yo en esta dicha toda mi gloria!

En efecto, este varon santo no ponía su gloria en ser el rey de Israel, ni en la extension de su dominio, ni en el grandor de sus conquistas, ni en el prodigioso número de sus victorias, ni en la descendencia de Abraham, ni en ser el padre de un Salomon; sino que ponía su gloria en apellidarse el *hijo de la futura María*. ¿Cuánto mas no lo habriamos de hacer nosotros; nosotros, digo, que hemos experimentado todo el efecto de su proteccion? María se declara nuestra Madre en la práctica, porque si Ella está con nosotros nada tenemos que temer. ¿Quién será capaz de arrancarnos del seno de María, si nosotros la invocamos como buenos hijos? ¿Qué furia del infierno podrá vencerlos si Ella se declara nuestra Madre? A mí me parece que al modo que la gallina cuando ve que sus polluelos están en peligro, redobla todos sus cuidados para que no se le pierdan; así el amor de María hace que cuando la tempestad de las tentaciones nos combate, Ella nos cobije bajo las alas poderosas de su manto, y hace que no nos abandone, hasta colocarnos en el puerto de salvacion. Oh Madre amantísima! ¡Oh Madre piadosísima! ¡Oh queridísima Madre! ¡Qué hermoso es este título

de Madre! ¡Qué consoladora esta expresion, la Madre de Dios es Madre mia!

Para que te convenzas mejor de lo que hará María en favor tuyo siendo como es tu Madre, examina la conducta de una madre natural! En efecto, ¿qué haria esta si viese que su hijo estaba entre las espadas de los enemigos? ¿No es verdad que haria lo posible y lo imposible para salvarlo? Pues tal es la conducta de nuestra Madre la Santísima Virgen María; y así hace, y así hará con todos los pecadores aun con los mas rebeldes y obstinados. Acude, pues, á tu Madre María, y Ella te ayudará para que salgas vencedor de todos tus enemigos. ¿Es un vicio el que te encadena para llevarte al infierno? acude al patrocinio de tu Madre María. ¿Son unas pasiones violentas y casi diabólicas? acude á tu Madre María y Ella las calmará. ¿Son unos amigos que olvidados de la amistad quieren arrastrate al mal? acude á María, y como Madre, te revestirá de fuerza para que no sucumbas.

Tal es el remedio general que aconseja la Iglesia á todos los fieles; y por esto la dicen: *Bajo tu amparo nos acogemos, ¡oh María, Madre de Dios y Madre mia!* ¡Oh cuántas victorias se han alcanzado con solo invocar á María con el dulce título de Madre mia! ¡Cuántas inocencias conservadas! ¡Cuántos crímenes impedidos! ¡Cuántos justos han perseverado! ¡Cuántos tibios no se han hecho pecadores!

Lector carísimo, atiende á tu dignidad; ¡la Madre de Dios es tu Madre! Regocíjate viendo que eres hijo de tan buena Madre, y de Madre tan poderosa: entrégate á Ella completamente y te recibirá con un cariño indecible. Regocíjate, ya que tu salvacion es segura, porque ¿cómo ha de perderse un hijo de María? ¡Con qué seguridad no has de entregarte á tan santa devoción! Repite con frecuencia, María es mi Madre; mi querida Madre; mi amantísima Madre, y la queridísima Madre mia.

13. *Devocion de una niña á su Madre.*—Entre las hijas de María que componia la Asociacion de..... habia una que contaba diez y siete años, y se distinguia por la tierna devocion que profesaba á su Madre.

Al levantarse, despues de la dulce jaculatoria de *Viva Jesus para siempre en nuestros corazones*, añadia, *Madre mia, aquí tienes á tu hija*, y lo repetia con tanto afecto, que parecia que estaba viendo á su Madre. Luego añadia: *por tí, Madre mia, voy á vestirme con la mayor decencia y modestia*: hacia los actos de la mañana, y al fin, añadia tres veces con grande fervor: *Madre mia, aquí tienes á tu hija*. Comenzaba la oracion mental, y despues de haber invocado al Espíritu Santo, por medió de la antífona "Ven Espíritu Santo," añadia: *Madre mia, hazme la gracia de que haga bien la santa oracion*. En sus distracciones rezaba, *Madre mia*: para que sus coloquios fuesen fervorosos, decia *Madre mia*: para que tomase resoluciones prácticas y las cumpliese, repetia *Madre mia*: en una palabra, su oracion era frecuentemente un continuo y ardiente coloquio con María su Madre.

En sus comidas era muy parca, porque en todas ellas se consideraba acompañada de María su Madre. Huia de toda falta y aun de toda imperfeccion voluntaria, por el grande deseo que tenia de conservarse inmaculada como María su Madre. En sus quehaceres era muy edificante, porque nunca estaba ociosa, siempre trabajaba cuanto podia, y lo desempeñaba todo con aquella perfeccion que le reclamaba María su Madre. Venia la hora de acostarse, y despues de haberse examinado y rezado las oraciones que acostumbraba su piedad, arrodillada al pié de la cama, le decia tres veces: *Madre mia, aquí teneis á vuestra hija*. Y con la mayor fe y confianza que le era dable, añadia: *Madre mia, echadme vuestra santa bendicion*; y luego, recibéndola en espíritu, decia: *En el nombre del Padre, y del*

Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. Así vivió algunos años, hasta que recibió de María, su tierna Madre, la bendición especial de su vocación: pasó el noviciado con un fervor sin igual; y hechos los santos votos, fué á gozar en el cielo las ternuras de María su mas tierna Madre.

CAPITULO III.

MADRE DE MISERICORDIA.

14. *Amor de María á los hombres.*—Aunque deseo, lector carísimo, no entretenerme demasiado en la explicacion de la Salve, sino pasar por cada uno de sus títulos lo mas sucintamente que pueda; con todo, debo confesarte que me veo estrechado á entretenerme mas de lo que quisiera, á fin de explicarte un poco mas lo que es mi Madre; y voy á hacerlo lo menos mal que pueda, asegurándote del grande amor que nos profesa. María Santísima nuestra Madre, y *Madre de misericordia*: luego nos ama con el amor que conviene á hijos muy amados; y nos ama como desgraciados muy queridos que le hacen poner en juego todos sus resortes para aliviarnos. ¡Oh cuán amable es María considerándola ardiendo toda en llamas de amor nuestro! ¡Oh qué dulces las consecuencias que brotan de tan bello amor! ¿Por qué no amamos á María cuánto debemos amarla? ¿Por qué no la amamos segun los deseos de su corazón? ¿Por qué no la damos desde ahora las pruebas de afecto que su amor espera? ¿Por qué no la amamos como tantos santos que no sabian ya que hacerse para mostrarle su amor?

Hace algunos años que vivia un hombre de mediana edad, el cual se distinguia por su acendrado amor á María su Madre, La amaba prácticamente y desde sus primeros años: todo lo hacia como un resultado del *amor* de María su Madre. Dejó su

vida, no santa, y comenzó una vida toda de Dios por *amor* á María su Madre, frecuentaba los santos sacramentos, hacia su retiro mensual, y cada año los santos ejercicios por el *amor* á María su Madre; comenzó á vivir la vida segun el espíritu, á no obrar jamas segun la carne, á admitir toda especie de mortificación, y quiso ser tan generoso, que se obligó á hacer todo lo que Dios quisiere *por el amor* á María su Madre. A este amor práctico le fué comunicado un conocimiento de María tan perfecto, que hizo que la amara de un modo tan intenso y sumo, que su corazón casi se consumia. Y obraba tan poderosamente sobre él, que le vino como un pensamiento de que él amaba mas á María, que lo que ella lo amaba á él. Estando en este combate, entendió que su amor que le parecia tanto, era tan poca cosa comparado con el que tiene María aun al mas miserable de los pecadores, como poca cosa es un grano de arena respecto al universo mundo. Trabajemos, pues, por amar á María, y considerémosla siempre como nuestra amantísima y queridísima madre, ya que somos de ella tan queridamente amados.

15. *Porque es tu Madre.*—Del solo hecho de que María es tu Madre, debes inferir el grande amor que María te tiene; y es tan intenso, que te ama con un amor necesario: y nóvalo bien, porque con esto no solo te ama porque quiere amarte, ó solo por un amor natural, sino tambien por un amor necesario. Te ama porque quiere; y quiere amarte con el mayor amor de que es capaz: te ama con un amor natural, porque naturalmente ama lo que ama el Padre Eterno que te crió, el Hijo Unigénito que te salvó, y el Espíritu Santo que te santificó; pero sobre todo te ama necesariamente porque es tu Madre.

Hay precepto de amar al prójimo como á sí mismo: precepto de que los cristianos se amen entre sí: precepto de que amemos á los enemigos; y aun precepto de que los hijos amen á sus padres; mas no hay precepto que obligue á las madres á que